

duraron dos días, sin alteración sensible; pero luego fué apuntando un comienzo de reacción que llevaba rápidamente á la protesta, á la no resignación con el daño sufrido, á rebelarse contra la fuerza misma de los hechos, sin reconocerla como invencible. La melancolía pasiva se trocó en exaltación, que aumentaba de momento en momento, reforzada mentalmente por el reflejo de sí misma, tomando proporciones gigantes é impeliendo el espíritu hacia todos los arrebatos; y así experimentó Juan la inquietud que deriva de la meditación á solas, sin nuevos excitantes exteriores que la expliquen, por propia idiosincrasia del espíritu.



XLI

Al volver Juan, ya anochecido, de uno de sus paseos solitarios, con la irritación consiguiente á la conciencia de lo invencible de su inquietud, doña Micaela le llamó aparte y se encerró con él en la sala.

— Noto en ti — le dijo, de buenas á primeras — una preocupación que no sabía explicarme. Tu tío y yo hemos hablado de ello varias veces; pero ahora creo ya saber cuál es la causa. Isolina ha estado aquí.

— Era de esperar — interrumpió él bruscamente. — ¿No le basta con haberse mezclado en mis asuntos sin que yo la llamase y aun quiere averiguar más de ellos?

— Eres injusto — replicó la tía. — Isolina te aprecia. Ha sorprendido, sin querer, un secreto y le preocupa mucho el desenlace de una acción que presume muy confusamente.

— ¿Qué más le da á ella? — exclamó Juan. —

Nada puede hacer en obsequio mío, y no me encuentro con ganas de satisfacer su curiosidad ni la de Amparo.

— Conforme — insistió doña Micaela, en quien el tono agrio de las contestaciones de su sobrino excitaban más y más su interés cariñoso, ganosa de consolar y reducir el disgusto que adivinaba tras aquellas manifestaciones. — Pero no se trata de ella, sino de ti, de lo que te ha pasado y de mis deseos de serte útil. Si el afecto de esta pobre vieja no te sirve en momentos de tribulación, ¿cuándo tendrá mejor empleo?

Juan se sintió conmovido por aquella dulzura que así respondía á sus brusquedades.

— Perdone usted, tía — dijo. — Estoy nervioso, no sé contenerme. Habré dicho algo que no esté bien, que la moleste á usted.

— No, hijo mío, á mí no me molesta nada. Si precisamente te he llamado para oírte, para darme cuenta del mal que sufres; y cuanto más sinceramente hables será mejor para que yo sepa hasta qué punto es grave lo que te preocupa.

— Por desgracia, tía — afirmó Juan con cierto dejo de tristeza, — nada puede usted hacer en mi obsequio. No lo puedo yo mismo, no lo puede nadie; porque lo que ha sucedido es lo que tenía que suceder, forzosamente.

— ¿Has hablado con Andrea? — preguntó la anciana, yendo derechamente al asunto.

— Sí — contestó Juan. Y de pronto, sintió un deseo potente, avasallador, de contar su historia,

de descargar en una confianza plena, íntima, todo lo que le pesaba interiormente, lo que quizá le ahogaba por no darle salida, para que alguien le ayudase á sobrellevarlo.

Con la perspicacia que da la experiencia, doña Micaela advirtió al punto este cambio en la disposición de su sobrino; y ayudó á que se cumpliese, con halagos que en ella eran sinceros, hijos de su noble afán de ayuda. En aquel instante animábanla, no sólo la natural inclinación afectuosa y dulce de su espíritu, sino el supremo interés de los Uceda, representados entonces por Juan, cuya situación recrudecía en la anciana el culto sagrado del apellido, la solidaridad de todos los que procedían del tronco común.

Juan habló largamente, sin reservas, poniendo al descubierto lo más íntimo de su alma, renovando la elegía de sus tristezas que, efectivamente, tomaban, á impulsos de su exaltación, cualidades líricas, hinchando el sentimiento en alas de una facundia que no era sino otra manifestación de la inquietud imaginativa de su espíritu. Doña Micaela le escuchaba, asombrada. Su carácter apacible, sencillo, en que las impresiones se dibujaban siempre con gran fidelidad, sin abultamientos, ó en todo caso, suavizadas las líneas y apagados los choques, no acertaba á comprender aquella ampliación enorme con que repercutían en el ánimo de Juan y se mostraban á los ojos de éste. Veía, claro es, en el fondo de la narración, una desgracia indudable, de las que imprimen honda huella en

la vida; una equivocación de las que ya no pueden corregirse y dejan en la memoria una perenne gotita de hiel, una herida que, de vez en cuando, vuelve á abrirse y molesta con sus dolores; pero todo ello resolvíase en su ánimo, poco accesible al drama, en melancolías pasajeras, en resignaciones tranquilas que no embarazaban para nada el curso normal y ordinario del vivir. Todas aquellas exaltaciones de su sobrino parecíanle cosas de pura imaginación, que sólo se producen en el cerebro de los hombres atormentados por una labor intelectual continua. Así es que, cuanto más avanzaba Juan en su confesión y más alta y sentida era la queja por sus dolores, más se serenaba doña Micaela, segura de que era fácil reducir aquella exageración desprovista de fundamento, á su entender. Casi estuvo á punto de reirse, interiormente, de la tristeza de su sobrino, que á ella le parecía algo melodramática.

—No le dura veinticuatro horas más — pensó. — Es una nube de verano, que aparenta mucho y dura poco.

Pero, á la vez, comprendió que no convenía chocar de frente con la exaltación que Juan revelaba.

— Si le digo todo lo que pienso, es capaz de creer que no le hago caso. Suavicemos un poco, con bálsamo de cariño, y el tiempo hará lo demás.

Acertó por de pronto en cuanto al remedio. La misma naturaleza afectiva del desengaño que á Juan atormentaba, hacíale muy sensible á toda

aplicación del cariño, á la manera suave, maternal, que su tía empleaba, con la doble experiencia que dan los hijos y los años. Por otra parte y sin que Juan se diera cuenta, la confesión le había desahogado y parecían dolerle menos las mismas cosas que antes le atosigaban. Confiadas ya, salidas de él, veíalas en parte como exteriores; y la misma fatiga del cerebro que, tras unos días de batallar con ellas, había tenido que esforzarse para expresarlas y había gozado en esto de una libertad absoluta que le permitió agotar su análisis, ayudó á completar el consolador efecto de la intervención de doña Micaela.

— ¡Bueno, bueno! — dijo la anciana, para concluir. — Esa era una cuenta de tu pasado que tenías por liquidar y que más vale hayas liquidado de una vez. Si no ¡quién sabe cuánto tiempo te hubiese estado preocupando, para darte al fin, cualquier día, un disgusto mayor que el de ahora! Ya has visto las cosas como son y no volverás á pensar en ellas y á fabricar castillos en el aire. A olvidar, y se acabó. En cuanto á esas curiosonas de Isolina y Amparo, déjalas por mi cuenta. Ya sabré yo trastearlas.

■■■■■■■■■■

XLII

Durante unos días, Juan volvió á su vida ordinaria. El otoño presentábase seco, despejado; y aunque á la caída de la tarde solía refrescar un poco, soplando desde la sierra airecillos sutiles que hacían pensar en el invierno, mientras el sol alumbraba la temperatura era deliciosa. Sentíase una voluptuosidad especial en caminar por aquellos campos, cubiertos en gran parte de hoja seca, y volver casi sudando, cuando el ejercicio era algo fuerte.

Entretuviéronle mucho á Juan las faenas preparatorias de la sementera, que le recordaban su aldeíta de Javalambre. Más de una vez tuvo el capricho de manejar el azadón y ayudar á los jornaleros; y no obstante su impericia y la burla disimulada de los campesinos ante el ardor y la poca gracia con que «don Juan» hacía aquellas cosas, siempre salía de estos ensayos más alegre, más animoso, con cierta satisfacción de usar los puños en trabajos tan diferentes de los suyos usuales.

Las tertulias de los domingos eran algo menos numerosas que en los días de verano. Faltaban

muchos marineros, que andaban ya con los faluchos en plena estación de pesca, y no pocos labradores aprovechaban el día para adelantar su labor, temerosos de que las lluvias les cogiesen desprevenidos. Juan buscaba sobre todo la compañía de don Felipe, quien, no obstante la asiduidad y el afecto con que era solicitado, continuaba hablando poco, sin conseguir vencer su apocamiento. Pero á Juan no le importaba gran cosa aquella sobriedad de palabra del cura, ni siquiera lo difícil que era abordar con él conversaciones que implicasen un tema literario ó científico, pues era hombre muy ayuno de cultura. Lo que buscaba era la impresión de calma, de conformidad placentera que don Felipe le producía, contrarrestando el fermento de inquietud que, á pesar de los solícitos cuidados de doña Micaela, habían dejado en su alma los hechos recientes.

Al Estudiante seguía esquivándolo todo lo que podía, y cuando hablaba con él procuraba cortar en flor los temas escabrosos, á que era aquél tan aficionado. No podía evitar Juan, sin embargo, cada vez que lo veía, el recuerdo de aquella pregunta que le dirigió cierta mañana en el huerto y que había tenido por consecuencia una conversación memorable con don Vicente, en la fonda de Levantina. El recuerdo le producía la misma molestia que á un perezoso le produce una orden para que corra inmediatamente á un sitio lejano. Sentía pereza de pensar en la solución de su vida. Estaba resuelto, en principio, á no volver á Madrid; pero

seguida indeciso en cuanto al momento y al modo de romper con aquella forma arraigada de su existencia durante tantos años, y en cuanto á la manera de fijarse en Villamar. Aunque don Vicente no le había dicho una palabra de esto, comprendía que ni él ni doña Micaela permitirían que viviese sino en Ronesa, con ellos. Pero Juan prefería tener una casita aparte, con la independencia consiguiente. Además, y no obstante su decisión, en principio, de no volver allá, de vez en cuando los ecos de la crónica madrileña le producían cierta pesadumbre anticipada de perder lo que había sido sustancia de su vida durante largo tiempo. Era como una punzada, rápida y aguda, que daba á entender la existencia, en lo más hondo de las inclinaciones, de una añoranza que, intelectualmente, Juan repudiaba por completo.

Pero á fuerza de pensar una y otra vez, acabó por convertirse aquella idea en un impulso bastante vivo para mover la voluntad, aunque no con gran energía. Comenzó á planear la resolución de sus asuntos en Madrid, de manera que no le produjese gran quebranto. Sus ahorros eran muy modestos y necesitaba, ya que no continuase su labor profesional, dejar abierto algún portillo en las ocupaciones intelectuales que le permitiese engrosar algo la renta, aun contando con la sencillez de la vida aldeana. Por otra parte, si renunciaba á su pasado madrileño, no podía en manera alguna, ni creía indispensable, renunciar á todo trato con el mundo en lo tocante á sus aficiones especulati-

vas. Parecíale que esto era compatible con su retiro en el campo y que más bien le había de favorecer que perjudicar esa nueva situación para los trabajos que proyectaba, comunicándoles condiciones de serenidad, de equilibrio, con las necesidades físicas á que la fiebre madrileña era contraria.

Estos preparativos le llevaron unos días, con muy varia fortuna para lo que, en fin de todo, era su objetivo principal; pues, de un lado, le encantaban con la perspectiva de las novedades que iban á sobrevenir, y de otro le causaban alguna inquietud y desasosiego, cada vez que reaparecía aquella honda nostalgia de lo pasado ó tropezaba con alguna dificultad en el arreglo de sus asuntos. Entonces solía suspender todo trabajo y buscar, en otras atenciones, derivativos á la tendencia de su alma hacia la agitación.

En una de aquellas ocasiones, motivada por una carta de Madrid que le inquietó mucho, Juan, que vagaba por el jardín sin saber cómo distraerse, oyó sonar las campanas de la iglesia con el toque de muerto. Sin saber por qué, se estremeció, como si aquellos sonos le anunciaran la pérdida de una persona amada. Reflexionando, le pareció ridículo aquel movimiento. Podía estar seguro de que no era ninguna persona conocida, de las que á él pudieran importarle. Pero los nervios se sobreponían á la reflexión y concluyó por hacersele insoportable aquel toque, que le excitaba cada vez más. Así, no fué extraño que al oír de pronto pronunciar su nombre en voz alta, á pocos pasos, se estremeciera de nuevo,

realmente sobrecogido por lo que era cosa perfectamente natural. Volvió la cabeza, temeroso todavía de ver ó saber algo desagradable, y vió llegar á don Vicente, que le abordó con esta pregunta:

— ¿Sabes quién se ha muerto?

— No, tío, no sé nada.

— Isabel. ¿Te acuerdas de aquella pobre ciega...?

Juan respiró, como si le quitasen un peso de encima. A pesar de lo inverosímil del supuesto, hasta aquel mismo instante había temido oír un nombre querido. Pero su excitación sentimental se dirigió entonces por el lado de la simpatía piadosa que ya había promovido en él, cuando la vió por vez primera, aquella infeliz, tan probada por la suerte. Aceptó pues enseguida la invitación que don Vicente le hizo para asistir al entierro.

— La pobre, tendrá pocos que la acompañen — dijo el anciano. — Quizá al vernos á nosotros se decidan algunos.

Cuando llegaron á la iglesia vieron venir el ataúd, que conducían en hombros cuatro pescadores, compañeros de Martín. Detrás iba éste, acompañado por varias mujeres cuya cara ocultaban los grandes mantones negros, echados sobre la cabeza. De vez en cuando salían del grupo grandes lamentaciones, lloros estrepitosos, que á Juan, desconocedor de las costumbres locales, sobrecogieron tristemente.

— Mucho debían de quererla — dijo en voz baja, dirigiéndose á su tío.

— ¿Lo dices por los lloros? — contestó éste. —

No prueban nada. Son ya costumbre antigua. Un resto de las plañideras clásicas ó quizá una supervivencia de esa necesidad de las demostraciones ruidosas que tienen los pueblos primitivos.

Los lloros cesaron al llegar frente á la iglesia. La ceremonia religiosa fué breve; y una vez terminada, el cortejo se organizó otra vez, en dirección al cementerio, pero con mucho menor número de acompañantes. Los conductores del ataúd apresuraron el paso, porque la distancia era larga y convenía soltar el peso lo más pronto posible. Detrás iban tres mujeres, únicas que restaban del grupo y, por fin, el viudo, don Vicente y Juan.

El camino corría al principio por entre casas y huertos, próximo á la carretera; pero, de pronto, torció hacia la costa, en pleno campo cuyo horizonte era el mar, de un azul brillante moteado de espuma. El cementerio estaba situado en una colina oreada por los vientos marinos, desolada y pedregosa, sin un árbol, especie de desierto diminuto en medio de las tierras de labor, que llegaban hasta la playa. El interior impresionaba tristemente por su pobreza. Algunos nichos construidos en los muros comenzaban á desmoronarse y dejaban al descubierto trozos carcomidos de ataúdes y, á veces, huesos humanos que la lluvia arrastraba, uno tras otro. El suelo, desigual, lleno de altibajos, cubierto de cruces de madera colocadas desordenadamente, daba la idea de un amontonamiento confuso de cuerpos, en que se perdía la individualidad de cada uno y el recuerdo del sitio donde fué

depositado. Ni una sola inscripción guiaba en aquel laberinto; y la carencia de flores hacía aún más solitario aquel paraje de eterno reposo. La idea negativa, de destrucción y aniquilamiento, que la muerte evoca ante todo, era allí más visible, más hondamente conmovedora que en los cementerios lujosos de las ciudades; pero también emanaba de aquella sencillez, de aquel prescindimiento de todo artificio que ocultase la realidad ó descubriese el roce de las vanidades humanas, una sensación más viva de descanso, de paz, de rompimiento con el mundo. Y Juan se sintió reconfortado por esta sensación, que le quitaba toda crueldad al hecho de la muerte, señalándolo como libertador. Para la ciega Isabel, así había sido.

Al salir nuevamente al campo, una de las mujeres que habían asistido al enterramiento se acercó á Juan y le tocó en un hombro:

— Buenas tardes, señorito.

Juan miró, sorprendido del saludo.

— ¿No me conoce usted? — insistió ella.

Más que la cara, el timbre de la voz trajo el recuerdo; pero muy vago, sin precisar.

— Yo bien me acuerdo del señorito. No se me olvidará nunca la caridad que hizo conmigo en Samanet.

Rápidamente, el cuadro del mercado de agua volvió á presentarse á la memoria de Juan; y reconoció entonces á la infeliz labradora, víctima del engaño de los albalaes.

■■■■■■■■■■

XLIII

— ¿Cómo usted por aquí? — preguntó Juan.

— La difunta era parienta mía, de las pocas que me quedaban — contestó la mujer — y como mi marido no podía venir...

— ¿Sigue enfermo?

— No está muy bien, señorito. Él es poca cosa y trabaja mucho... La pobreza no tiene otro remedio. Somos siete de familia, señorito. ¡Ya puede figurarse!

Reparó Juan en el traje de la mujer, que denunciaba claramente su miseria. Era negro, descolorido y remendado en algunas partes; y el mantón que cubría cabeza y busto mostraba, aquí y allá, agujeros y repasos.

— ¿No tienen ustedes tierras? — preguntó de nuevo Juan.

— ¡Ah, no señor! No tenemos nada. Estamos de caseros, y no nos dan más que habitación y los jornales, cuando hay trabajo. ¡Si no fuera por unos bancales que el amo nos deja en arriendo!..